

Se trata, pues, no de discutir, sino de declarar o, mejor dicho, proclamar y mantener el derecho y la voluntad que nos asisten para cultivar nuestra independencia y nuestra personalidad colectivas. Se trata de caracterizar, definir y erigir en perentoria soberanía la conciencia clara e ilustrada—ya felizmente existente aunque difusa—de la misión histórica y cultural de nuestra América, que nada tiene de común con el «destino manifiesto» de los prepotentes Estados Unidos que arrebataron Texas y California a México y Panamá a Colombia, para no referirnos sino a la depredación de territorios...

En el momento de asumir esa actitud—ya con el retardo, por algunas razones, tal vez conveniente de un siglo—¿cuál es el espectáculo del mundo?... No intentaremos bosquejar siquiera el cuadro. Observemos, no más, cómo en el preciso instante en que escribimos, después de los horrores sangrientos de la guerra y de los horrores no menos cruentos y acaso más miserables de la post-guerra, las fuerzas espirituales, las fuerzas creadoras y constructivas, los elementos de organización y de ennoblecimiento de la vida, se hallan en notoria minoría e indefensas ante el desencadenamiento de los factores de destrucción y de desorden. Las mismas organizaciones ideadas, en momentos de desesperación, a fin de afrontar la tremenda crisis que atravesamos, llevan en su seno los gérmenes del mal que intentan combatir. Así como la orientación pan americana olvida con demasada frecuencia las normas, las conveniencias y los principios verdaderos de una efectiva y sincera solidaridad continental, la hermosa creación de Wilson, la Liga de las Naciones, ha carecido desde sus orígenes, de los caracteres y requisitos indispensables que le hubieran conferido el sello inequívoco de esa solidaridad humana en la que aún algunos pertinaces utopistas insistimos en creer.

Por eso nosotros, los jóvenes americanos que aspiramos sólo a ser *los discípulos de los discípulos de Próspero*, anhelamos con vehemencia la creación de un núcleo de deliberación, propaganda y acción armónica que preste a nuestras convicciones el apoyo moral de que hoy se hallan huérfanas. Ese núcleo no puede constituirse bajo la égida de la Unión Pan-Americana ni bajo los auspicios de la Liga de las Naciones, porque ninguna de estas dos instituciones reúne las condiciones ni las excelencias que el criterio, desapasionado y sereno pero claro y firme, de las nuevas generaciones considera indispensables. Sin dejar de reconocer los beneficios parciales, limitados por circunstancias que no es del caso señalar, que tanto la *Liga* como la *Unión* han producido, nosotros contemplamos la urgente necesidad de estudiar cuestiones y resolver problemas exclusivamente nuestros y para los cuales ni la *Unión* ni la *Liga* resultan ser instrumentos adecuados. ¿Por qué no ha de poder crearse, al margen y por encima de todo prurito de patriotía hispánica, una institución permanente de estudios políticos, sociales, internacionales, etc. destinada a contemplar sistemáticamente y desde puntos de vista doctrinarios y elevados los problemas de nuestro complejo proceso de civilización? ¿No sería este instituto, *forum* o asamblea, un complemento, al par de la *Liga* y de la *Unión*? ¿Qué razones influyeron para que se nos condene a ese eterno desconcierto y esa eterna desvinculación moral

y cultural en que hemos vivido después de los milagros de nuestra guerra de independencia? Aún desde el punto de vista de ese oficialismo neutro e ignaro de nuestras mesocracias ¿qué obstáculos insuperables se oponen a la creación de ese *forum de la raza*? La razón geográfica del pan americanismo ¿ha de primar sobre las razones espirituales del pan iberismo? ¿puede olvidarse, al considerar estas cuestiones, el infinito número de factores y circunstancias de diversa índole que unen a los pueblos de origen hispano-portugués entre sí al par que les alejan del grupo de naciones mercantiles y bélico-industriales que amalgamó la guerra de 1914? ¿pretende ignorarse ahora que de haber existido, no ya una liga política, ni una federación efectiva de nuestras naciones, sino siquiera una cordial inteligencia entre nuestros gobernantes, las absurdas actitudes producidas entre nosotros ante el conflicto de las oligarquías plutocráticas no se hubieran producido?

Mientras la humanidad sigue gimiendo bajo el régimen de estériles rivalidades de naciones dominadas por camarillas ineptas de políticos que supeditan el interés humano al de su clan; mientras el latente estado de guerra civil que reina en todos los pueblos de la tierra y el inminente peligro de una conflagración universal amenaza sumergir en una nueva ola de sangre las creaciones más bellas del espíritu humano ¿puede nuestra actitud de colectividades jóvenes e independientes ser la de la pasividad de quien espera que el incendio llegue a su casa para echar sus muebles a la calle? ¿No es en la América nuestra donde la Inteligencia está llamada a edificar la nueva *Domus Aurea* del atormentado espíritu del hombre?

A este respecto está muy bien la creación del *Comité de Cooperación Intelectual* creado por la Liga, y de él, indudablemente, tenemos mucho que esperar. Pero, entre las muchas anomalías de su constitución y modo de funcionamiento que en su corto período de existencia ha dado a conocer, permítansenos observar, a quienes vivimos igualmente alejados de las oligarquías contumaces de Europa y de las mediocres del oficialismo hispanoamericano, la muy notable de contraer su acción, sus estudios y sus propagandas a reducidísimos sectores de las grandes cuestiones y los grandes problemas de la humanidad contemporánea. Entre otras cosas, es extraño, en verdad, que una comisión constituida por personalidades como las de Bergson y Einstein, madame Curie y Milliken, la señorita Bonnevie y Mr. Murray, Torres Quevedo y Sir J. C. Bose, De Castro y Leopoldo Lugones, costraña su atención en lo relativo a los grandes problemas hasta el punto (y nos referimos a un caso solamente, porque el programa del C. I. C. I. y sus diversas iniciativas no han tenido difusión suficiente para llegar hasta nosotros) de constituirse en oficina de investigaciones periodísticas delegadas a la buena voluntad y a la buena fe de empleados subalternos y—esto es lo más grave—abandonadas al criterio parcial, cuando no estúpido de los «representantes oficiales» de la cultura contemporánea. Hay que conocer la diatriba, ponderada y serena pero no por eso menos severa y luminosa, que ha escrito últimamente Bertrand Russell contra el espíritu de las propagandas oficiales (*Free Thought and Official Propaganda*, B. W. Huebsch, New